

Cuencas vacías

Julián Sánchez Caramazana



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#cuencasvacias

Colección: Tombooktu Fantasía y Terror
www.fantasiayterror.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Cuencas vacías*

Autor: © Julián Sánchez Caramazana

Maquetación: Emiliano Molina (www.taskforsome.com)

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-31-4

ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-500-8

ISBN Digital: 978-84-9967-501-5

Fecha de publicación: Abril 2013

Impreso en España

Imprime: Servicepoint

Depósito legal: M-7986-2013

Índice

Cuencas vacías.....	9
La parejita	13
El día de los sustos	19
Año Nuevo, vida nueva	23
Las que vienen de otro infierno	27
De la raíz a las puntas.....	39
Perversidad.....	43
El destello.....	47
Cirujano.....	53
Azares.....	57
Zarpazos.....	63
La iglesia	67
Negro y rojo sobre blanco	73
Esa eterna melodía	77
Sobran prótesis genéticas	83
Llanto.....	85
Faros	87

Conjeturas.....	95
Menudo carácter	97
Lutos	99
Desesperación	105
Conversación.....	111
Visceral	117
Romance.....	121
Sin anestesia	127
Preferida.....	133
Sangrar carne	143
Hechizo	147
Monstruos.....	155
La desaparición del vampiro	169

CUENCAS VACÍAS

No es sólo eso. Hay quienes han salido de casa para no volver más.

El Terror

Arthur Machen

El calvo cincuentón apoya sus dos manos sobre la entrepier-na. Se la masajea, disimuladamente, sentado en una silla de plástico verdosa delante de la sucia pantalla del ordenador. Luce en su cabeza una gorra con visera negra con varios pi-nes indescifrables. Su hombro izquierdo roza la puerta del WC del que entran y salen pakistaníes, latinos, marroquíes y de vez en cuando algún que otro español. Hay muy pocas mujeres en el ciber esta noche.

El calvo mira fijamente en la pantalla diversas fotografías porno. El masajeo sobre su pene es cada vez más rápido y, sin pudor, eyacula. Una mancha aparece en la parte derecha de su pantalón de faena color crema. Ismael ha intentado evitar mirarle, pero los ordenadores están separados por cortas pa-redes azules plastificadas que llegan de la cintura a la altura del brazo, uno al lado del otro. Son pequeños cubículos que ocupan el espacio para una persona y ya está. Una hora, dos euros. Ese es el precio.

Ismael piensa que el calvo podría ser el perfecto pederas-ta o psicópata. Mueve la cabeza negativamente, mientras los

dueños del local sonríen en su experiencia de conocer a toda clase de cibernautas. Son dos pakistaníes de los primeros que llegaron a la ciudad, de la primera generación de emigrantes en Barcelona, los cuales regentan con sabiduría y disciplina el negocio.

Ismael siente una alergia especial hacia su vecino circunstancial, al tiempo que contesta algunos e-mails de amigos y de su trabajo.

Van pasando las horas. A un africano que escucha el *Eus-kal Herria Jamaica Clash* de Fermín Muguruza, le sigue un dominicano que habla por teléfono sobre dinero y que queda en ir a buscar a alguien al aeropuerto al día siguiente mientras una catalana consulta el saldo de su cuenta corriente, observada con descaro por tres colombianas que chatean a carcajada limpia.

El calvo abandona su ubicación tirando violentamente hacia atrás la silla. Se levanta dando traspies con sus gafas negras protegiendo las cuencas vacías de sus ojos, arrancados de cuajo años atrás como pago de su deuda a alguna entidad maligna. Una deuda que se ha ampliado para que sin ojos siga disfrutando de sus juergas ciberpornográficas. De ese modo, y alimentado en su deseo, el arrepentimiento le remorderá de tal manera que no tendrá más remedio que degollar a otra quinceañera, también como pago establecido.

Ismael podría caer en las redes de este horror demoníaco tan cercano. Tal vez podría ser una locura como en la famosa novela de lord Dunsany o la semilla de la recién estrenada película *Happening*, pero no. Hay cosas que tienen o no tienen explicación. Lo mismo le ocurre a Silvia cuando le rebanan el pescuezo. Nunca había tenido problemas al bajar la basura, pero hoy se le acerca el tío por detrás, le tapa la boca y la mete en el coche en el que se escucha una relajante música de las que pinchan en algún que otro *chill out*.

Dentro del vehículo, con un diminuto punzón le agujerea los pechos, el costado, las rodillas, el vientre, la cara, para terminar cortándole el cuello redimiendo sus vicios.

El calvo se arrancó él mismo los ojos. Nadie le da órdenes en el ciberespacio. Todo eso y mucho más está en su cabeza. El dolor es tan intenso como insensata la acción de Ismael. Quizá no debería haberle seguido, ni remitirle e-mails a modo de chantaje. ¿Cómo los lee si no tiene ojos? En un descuido Ismael le vio en el lavabo del ciber sin las gafas negras. El horror que sintió al ver las cuencas vacías le paralizó. Le siguió, vio como torturaba y mataba a la chica. Quería beneficiarse, sacarle una pasta.

El hombre le cita en un bar del Paralelo barcelonés. Allí, ambos, a ritmo de la música de la emisora Kiss FM, se contemplan saboreando unos boquerones y una de bravas. Ismael poco a poco se siente atraído por la personalidad de Joan, que así se llama el ciego ¿A quién odia Ismael, quién o quiénes le han fastidiado? ¿El placer, los placeres, liberar el remordimiento?

El secreto que nunca le contará es cómo ve sin ojos. Ismael se asusta cuando Joan se mete los dedos en las cuencas vacías y los mueve por dentro.

A Ismael siempre lo ridiculizaron sus profes de EGB y BUP. Siente un odio terminal hacia ellos. Joan e Ismael se reúnen en el ciber y comentan cada semana la jugada y cada una de las desapariciones y asesinatos. Desde el interior del mostrador los dueños cobran, dan cambio, cierran y abren ordenadores.

Carme, la catalana que cada día a la misma hora se sienta a su lado, descubrió un e-mail impreso por Ismael en un descuido. Buen material para una novela de terror. Me contó la idea, me entusiasmó, tuve que matarla. Es demasiado buena. Ismael y Joan accedieron a escribir la historia conmigo, pero

me prohibieron que contara esto que escribo. Carme fue mi bienvenida. La novela la escribimos a seis manos. Un gran *best-seller*. Lo de los ojos de Joan es un secreto. ¿Cómo puede ver?, ¿dónde está el truco? No hay truco. ¿Es su don?

*

Una noche, borrachos de absenta, por la calle Hospital, me dijo: «El cerebro es el ojo menos usado y el que más ve». Supongo que era, es, un acertijo. No creo que Joan esté en un plano dimensional superior al del resto de los humanos, aunque sus crímenes cada vez son más perfectos y tiene ideas que comparte sólo con nosotros dos y que dan pie a próximas novelas que a mí me crean un pánico cervical...

El calvo se levanta de su silla. Una mancha brilla en su pantalón color crema. Mira a Ismael sin ojos, pues se ha arrancado los suyos en el lavabo y está intentando mirar más allá de la pantalla del ordenador ante el horror e incredulidad del resto de cibernautas. Camina a la búsqueda de una nueva víctima física tras conseguir que otra, gracias a su poder mental, se extraiga los ojos. Ismael ha metido varios dedos en sus cuencas vacías y grita desesperado. En pocos minutos ha imaginado una historia al lado del calvo, el *best-seller*, Carme, el escritor asesino que no puede contar una historia, pero que se hace famoso con ellos, él matando. Realidad, ficción y miedos. «El cerebro es el ojo menos usado», repite a gritos en la ambulancia, en el hospital, el resto de su vida en su internamiento.

Joan camina buscando alguien que escriba mentalmente otra buena historia de terror dada la escasez y después pague con una parte de su cuerpo por el placer que él le otorga a su desmedida ambición. Luego buscará una quinceañera como Silvia con la que redimir su onanismo. Ha comprado para ella punzones más diminutos todavía.

LA PAREJITA

Fernando sintió el hedor procedente de la boca del niño...

De «Al caer la noche», en *Bebés jugando con cuchillos*
Santiago Eximeno

Bostezos... largos. Agotamiento. Satisfacción. La botella por la mitad. William Lawson's. Su preferido. Acompañante ideal. No causa problemas. Tres dedos más. Sin hielo. Algunas mezclas son odiosas. Hay que apurar la esencia, parirla en su tiempo y estado puro. Saboreando el momento. Manos limpias. Se ha cambiado de ropa. El olor y el tacto la reconfortan, el whisky ahuyenta demonios indeseables y requerimientos oníricos posteriores.

Hoy está de suerte. Ha completado dos partes sumamente importantes que hacen juego y acercan al final. Debe serenarse. En su momento enganchará todas las demás. Falta poco. Otro sorbo, más largo, más rico, más poderoso. Apura menos de media botella. Mañana comprará unas cuantas más. Hoy no saldrá de casa. Sólo tres dedos más y otro éxito. El éxito definitivo, sudado y estimulante, sin reservas.

Ocho de la mañana. Engaña al despertador, se burla del tiempo, y se da media vuelta en la cama ronroneando,

femenina. Un ratito más. Cinco calles más abajo lo ha visto. Su olfato experimentado no la ha engañado. Sabe lo que busca. En el parque, al lado del carrito de los helados, como en una antigua película de género y alguna que otra canción. Pero bueno, todo tiene su tiempo.

La estrategia es ideal. No permite fallos. ¿Resaca? No, bien, no lo sabe del todo, dolor de cabeza sí. Un poco de lentitud. Arrastra los pensamientos y sus palabras en la soledad de estas primeras y lucientes horas solares. Elabora unos cuantos ejercicios rotatorios con el cuello. Un lado, otro lado, arriba, abajo. Más sol. Los rayos se filtran entre la cortina blanca e iluminan la mesa de metal donde yace todo. Comprueba la temperatura. Sólo unas décimas menos. Una noche tranquila. Durmió de un tirón. Sabía que no la molestarían. Se concede unos cuarenta minutos para ir al lavabo, ducharse, desayunar, maquillarse y ponerse guapa, «coqueta que es una». Reflexiona. Sólo cinco calles más abajo. Por cierto, la nariz ha quedado perfecta. A las mil maravillas. En el coche medita sobre cada parte ya conseguida, con ahínco y férrea voluntad, y mantenida a la temperatura ideal que a veces, cuando olvida su medicina propicia, baja porque ellos la reclaman. Esto le provoca una larga carcajada que no remite. Ella lo hace muy bien y ahora estará todo más lejos, menos insistente y repulsivo.

Lanza las bolsas azules de basura con su hermoso contenido desde lo más abrupto de la zona montañosa.

Comida frugal. Media baguette con lonchas diminutas de queso de cabrales y tres copas de vino blanco. Postre. Ya son las seis de la tarde. Ahora oscurece temprano en este otoño anacrónico de 2009. Supervisa el terreno y comprueba que todo sigue la rutina observada y deseada. Hace un simpático mohín al pequeño del cochecito. La canguro es brasileña. Una joven simpática. De noche ejerce otro oficio. El que dicen que es el más antiguo del mundo. Ríen sus confidencias y están atentas las dos a los requerimientos del bebé.

Dos buenas amigas desde hace ya dos semanas. Metódica, tranquila, risueña. Esa tarde más cariñosa y comprensiva que en otras ocasiones. Acariciando el pelo caoba de la brasileña. No debe preocuparse, ella la sustituirá unas horas. Nadie se enterará. Un secreto. Son dos mujeres que saben entenderse y protegerse. El niño estará con ella como con su madre o ella misma. Confía mucho el bebé en su mirada. Le quedan tres y acaba. Por la noche, en su casa, levanta por sexta vez la tela de la incubadora. Ahí está. Perfecto. Deseado y conseguido. A la temperatura ideal. Es lo que quería, como ella quiere que sea. Comprueba el dígito por pura manía. Frunce el ceño. Ha aumentado el calor. Debe reducirlo. No podrán acercarse, están muy lejos. Ese es el número concreto, si no no aguantará.

Seguro que la están buscando. A él y a ella también. El bebé muerto no llega a los cinco meses y ya está dentro de su bolsa de basura azul. Ha seccionado sus tres dedos de la mano izquierda y los ha unido según le contó la bruja en el pequeño pueblo de hirientes casas blancas. La sangre la va recogiendo con unas cuantas bayetas y las escurre en cubos que guarda en el Combi que compró a plazos en el Carrefour. Seguro que una de estas últimas noches de esplendor y whisky vació todos los cubos porque están todos limpios y ella no bebe sangre, sólo alcohol y del bueno. No tiene que beber tanto, se recrimina vivaracha.

Precioso. Inserta el ojo azul en la cuenca de la derecha. Es su hijo perfecto. El bebé preferido, siempre deseado y que ella ha creado, concebido, engendrado desde su vientre ideal a la temperatura correcta. Los demás eran muy feos. Se encariñaba con ellos, pero a los pocos días les encontraba alguna imperfección; desde el primero que cogió hasta este último. A partir de ese momento, y sabedora de que es incapaz de concebir una criatura, se prometió que pariría el mejor bebé con sus manos, voluntad y esfuerzo: «¡Qué guapo es!».

No se atreve a sacarlo todavía de la incubadora, pero unos minutos después de su triunfadora exclamación no puede resistir la tentación. Le levanta en vilo. Le mece. Le acerca a su pecho... Comprueba la temperatura. Esta noche no bebe ni una gota. No lo necesita, es feliz.

El despertador no ha sonado. No lo entiende. Una larga noche. No se ha dado cuenta de nada. El timbre, sí, es el timbre. Golpes en la puerta. Alguien repite una palabra: «... li... ía».

Vecinos asustados. Una madrugada entera de llantos, berridos más bien, de bebés. Lamentos insistentes, fruto de la crueldad y del dolor, por saber que les están matando cuando aún casi no han respirado. La policía ha atado cabos sueltos, han relacionado la desaparición de criaturas en la ciudad y se han presentado en su casa. Una agente sostiene el suyo. Está vivo, emite hermosos sonidos postnatales. Juega con los rizos dorados de la mujer policía. Él está vivo, ella lo ha criado, es suyo, sólo suyo, nadie tiene derecho a tocarlo, a cogerlo, pero se lo quitan. Un cadáver de cadáveres gestado durante nueve meses de crímenes y mutilaciones. Ella dice que no es posible, no sabe que hace en esta casa. No reconoce el piso como suyo. No entiende nada, pero el bebé quiere está con ella y la mujer se lo ofrece. La mirada y el cuerpo son decenas de miradas y de cuerpos. «¡No!».

Despierta empapada en sudor. Es una pesadilla. La pesadilla. Debió beber. La criatura en la incubadora. No pasa nada. El cadáver está frío por el esfuerzo de todos los asesinados y mutilados para nada. Un grito agónico traspasando umbrales que siembra el desconcierto en los sueños de la mujer.

Sube la temperatura. Todo controlado. Lanza la bolsa de basura desde el mismo lado de la montaña y conduce el todoterreno a otra ciudad por cambiar de aires, que no por miedo. Bien, ahí está su niño, pero siempre quiso la parejita. Desenrosca el tapón de Antiquary en la habitación del hotel. Un largo trago y poco a poco toda la botella. «Menuda pesadilla de mierda», piensa. La policía se parecía a la brasileña. Ya está a salvo. Es medianoche. El alcohol le evita escuchar

los llantos y berridos de todos los bebés que quieren meterse en sus sueños, ya que entonces sus sueños son totalmente noqueados. Espera que los servicios sociales del lugar no intenten arrebatarle a su hijo si se enteran de que bebe tanto.

EL DÍA DE LOS SUSTOS

Antonio tiene el frío pegado al cuerpo. Todavía le huele la ropa a brea. Su abuelo ha retocado la madera de una de las pocas casas del barrio gitano, cercano al muelle en el puerto de Barcelona. Incluso cerrarán la escuela donde él quiso aprender.

La noche es tranquila, hay mucho barullo por las calles. Se celebra otra de esas fiestas payas de otros países. Abre una de las tapas, unos ojos le escudriñan hirientes. No los observa hasta que se acostumbra a la oscuridad. En un día de fantasmas, vampiros y disfraces de muertos vivientes, las dos lucecitas le destemplan más el ánimo. Repentinamente, los dos pequeños faros se abalanzan sobre su cara. Antonio da un respingo, pierde el pie y cae de espaldas sobre la humedecida acera por las torrenciales lluvias del mediodía.

No le da tiempo a poner en práctica el consejo de su abuelo. Las luces le miran, maúllan y ronronean. Se trata de un jovencísimo gato callejero del que se desprende lentamente, reprimiendo el intento de chutarlo sin contemplaciones cual portero de fútbol del Barça. Su abuelo, su padre y él son culés, y no son los únicos gitanos seguidores del equipo azulgrana de su comunidad.

Repuesto del susto, desea retornar a su puto trabajo. La verdad es que celebrar una fiesta para dar miedo le parece una chorrada. Él tiene que recoger cosas para venderlas mañana, si no tendrá problemas. Debe pagar una deuda a un fullero de

Las Ramblas. Se metió el pasado verano en un buen lío. Teme que algún compadre quiera joderle.

Mientras tanto, cuatro sombras grotescas se aproximan por detrás. Como si sus temores fueran una premonición le incriminan a la vez: «Te vamos a matar moreno».

Skins, manguis, o gilipollas, eso no le importa, la verdad es que han conseguido que Antonio pegue un brinco y se meta de un salto en el cubo de la basura. Cae entre todo tipo de porquería vertida. Se empapa de mierda. Los cuatro disfrazados ríen y ríen. De otro salto el muchacho se pone enfrente de ellos.

—Tira de la «faca» cuando te quieran asustar —le ha dicho siempre su abuelo José.

Sin mediar palabra pincha con su automática la rodilla del que tiene delante disfrazado de vampiro. La cara y la oreja del hombre lobo reciben sendos cortes, así como los culos de dos zombis ahora nada peligrosos.

Marta sale por la puerta del portal tras cerrar la panadería de aspecto funcional. No sabe qué hora es. Cuatro monstruos se acercan a ella sangrando. Piensa que es fantástico el realismo. Coge un taxi y dos de ellos se desploman. En el vehículo, taxista y panadera aplauden la capacidad de transformación de algunas personas.

En otro lugar de la ciudad, José calma a su nieto: «Mañana hablaremos con el Tripas. Yo le pagaré y tú te pondrás a currar con tu hermano».

En la sección de urgencias del Hospital de Sant Pau la noche promete ser larga. No muy lejos de allí, los cuatro monstruos curan sus heridas sorprendidos aún de la reacción del chaval. Se despiden regresando al cementerio. El licántropo, transformado ya en humano, a su trabajo de vigilante mal pagado, y la joven vampira a su ataúd ubicado en una casa okupada desalojada por la policía semanas antes. Ha sido un día muy chungo para unos jóvenes inexpertos que querían

aprovechar la coyuntura para saciar su sed. Seguro que les suspenderán por ser tan torpes. Incluso Satanás, que últimamente no está para bromas, puede freírles por ser tan idiotas.

AÑO NUEVO, VIDA NUEVA

Esa noche caminó lentamente
para permitir que las perturbadoras escenas de horas antes
se difuminaran un poco.

De «La era del deseo», en *Sangre*
Clive Barker

Diciembre. El día más esperado. Muy rápido. Ha sido intenso. De eso no hay duda. No funciona el ascensor de la escalera de la izquierda. Más de lo mismo. Una tradición diaria. Gasto en reparaciones que alarma al vecindario con alquiler y cabrea a quienes se desangran con la hipoteca. Se sube la cremallera del anorak rojo fuerte chillón hasta el cuello. Un capricho que ella le regaló al poco de conocerse en aquel enero tan frío como este día. Un día entonces, muchos más ahora.

El dedo índice sobre el botón amarillo. Una sacudida desde abajo. Este sí que funciona. La puerta del piso cerrada con las tres llaves. Detrás quedan unos trescientos sesenta y cinco días de convivencia. El ascensor sube lento. Monotonía simétrica de cada día. Rutina corrosiva. Junta sus dos manos protegidas por guantes de piel y realiza un chasquido especial que le reconforta aportándole una seguridad al límite. Entre

sus piernas descansa el maletín azulado. Pesa y ha decidido dejarlo en el suelo.

Hoy no llueve. Consuelo, la charcutera, le invitó a ir a esquiar. «Otra vez será», piensa. Algunas de estas veinteañeras son unas lanzadas. No respetan nada, diría su abuela materna. Llega el ascensor. Borra sus pensamientos que ya no son ni bruma en la memoria. Al parar en el piso tiembla toda la cabina. Es viejo. No sabe cómo aguanta. Coge el maletín y entra. De nuevo su dedo índice aprieta el botón negro con el número blanquecino desgastado. Repasa el panel y sonrío enigmático cuando concluye de recorrer el listado de números. No sabe cuál será el próximo que apriete y tampoco sabe...

Unos trescientos sesenta y cinco días. Detrás de la puerta en perfecto orden de revisión, dispersos o arremolinados. Delante una inquietud hedonista. Placer de lo desconocido tras la certidumbre de un año más. 2009 toca a su fin. Ha sido pródigo en satisfacciones, más raudo y veloz que otros. No se dio cuenta, demasiado amor. «Ja, ja, ja... el amor, cree, es una lavandería de problemas».

Abre la puerta del ascensor. Soledad, silencio. Intuye ruidos en el exterior. No se cruza con nadie a estas horas. Todo el mundo está de celebración. En la escalera, el vecindario ha dejado sus casas. Sólo queda Conchita, la vieja sorda del sobreático intentando escuchar el especial de Antena 3. El resto anda repartido entre domicilios familiares, de amigos o en fiestas, saraos, bailes. Charo está dentro, detrás de la puerta. Su cabeza seccionada con elegancia está dentro de la pica del cuarto de baño impregnada de su propia sangre pura, limpia, como a ella le gustaban las cosas. Se lo merece. El agujerillo de la pica tapado y la cabeza entre la sangre reflejada en el espejo. Imagen replicada que la hace más guapa.

2010, Año Nuevo. Los brazos y piernas de Charo por las habitaciones de la casa. El hígado sobre el sofá, parte noble acomodada.

Se ha comido el corazón como el de todas las demás para llevarla siempre consigo, así tendrá una parte de ella.

Docilidad. Charo no se esperaba con la copa de buen cava en la mano ninguna de las diez primeras cuchilladas en el vientre, en su sexo, en el cuello. No ha gritado, «¡Sorpresa, sorpresa, ja, ja, ja!».

Otra mujer, Año Nuevo, otro año. Trescientos sesenta y cinco días de convivencia, ninguno más. Conocerse, tutearse, el rubor en las mejillas. Amor del bueno. Apurar y ya el hastío, el cansancio, la rutina. Año Nuevo, pareja nueva, como su madre. Ella uno cada día, él una cada año para conocerla un poco más. Charo le llenaba, no se dio cuenta. El año ha pasado, pero la familia le decía que cada año hay que cambiar en aquello que más nos gusta. Fidelidad a las palabras de mamá, de la abuela, de las viejas y jóvenes del barrio que se acostaban con él sin interesarse por su persona. Sólo querían sexo. Su madre y su abuela también. Hermoso en exceso, le decía mamá.

Frío, viento más cálido. Desciende las escaleras mecánicas, Charo abierta en canal. Sangre, vísceras, órganos, dedos, huesos, desparramados por el piso, decorándolo con la presencia de ella, de cada uno de los trescientos sesenta y cinco días compartidos en los que se han conocido. Trescientos sesenta y cinco trozos. Homenaje a la memoria.

No ha dejado huellas. Mucha gente en los andenes. Chicas y mujeres preciosas, con vestidos cortos, bien abrigadas, rompa interior de color rojo. Fiesta. Irá a cualquier bar, se mezclará entre ellas. Año Nuevo, vida nueva.

Telefonea a Consuelo que todavía no se ha ido a esquiar. Le ha propuesto que vivan un año sabático en el norte de España. El maletín pesa menos. Lo deja en el maletero del coche de la charcutera que quiere saber más cosas de él. Eso le gusta. Tienen mucho tiempo por delante.